

B. SANÍN CANO

La civilización manual y otros ensayos

Universidad Externado de Colombia

Sanín Cano, Baldomero Vladislao, 1861-1957

La civilización manual y otros ensayos / Baldomero Sanín Cano ; editor Gonzalo Cataño.
Bogotá : Universidad Externado de Colombia, 2023.

215 páginas

Incluye referencias bibliográficas (páginas 201-210) e índice.

ISBN: 9786287676732 (impreso)

1. Literatura colombiana 2. Ensayos colombianos 3. Civilización -- Ensayos, conferencias, etc. 4. Inquisición -- Ensayos, conferencias, etc. 5. Igualdad -- Ensayos, conferencias, etc. 6. Arte -- Ensayos, conferencias, etc. I. Cataño, Gonzalo, editor II. Universidad Externado de Colombia III. Título

C864

SCDD 21

Catalogación en la fuente -- Universidad Externado de Colombia. Biblioteca. MRJ
noviembre de 2023

ISBN 978-628-7676-73-2

© 2023, UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Calle 12 n.º 1-17 Este, Bogotá

Teléfono (+57) 601 342 0288

publicaciones@uexternado.edu.co

www.uexternado.edu.co

Primera edición: 1925

Segunda edición: 1975

Tercera edición: noviembre de 2023

Imagen de cubierta: Fotografía de Baldomero Sanín Cano,
en la portada de *Babel: revista de arte y crítica*, n.º 18, diciembre de 1925.

Agradecimientos a la Biblioteca del Centro de Documentación e Investigación
de la Cultura de Izquierdas (CEDINCI), Buenos Aires, Argentina.

Diseño de cubierta: Departamento de Publicaciones

Composición: Julián Hernández - Taller de Diseño

Impresión y encuadernación: DGP Editores S.A.S.

Tiraje: de 1 a 1.000 ejemplares.

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Prohibida la reproducción o cita impresa o electrónica total o parcial de esta obra sin autorización expresa y por escrito del Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia. Las opiniones expresadas en esta obra son de responsabilidad del autor.

A Jorge Mitre

CONTENIDO

Un libro de afirmación y prueba: <i>Gonzalo Cataño</i>	9
Criterio de esta edición	33
Prólogo	35

TEMAS VARIOS

La biografía de la inquisición	39
Ferdinand Lassalle	45
Bajo el signo de marte	53
La anécdota, su valor documental	63
La civilización manual	69
El sexo y la equidad social	79
La provincia	91
De cómo la deslealtad puede ser modestia	97
El arte y la línea recta	103

DE LETRAS Y DE TEATRO

La seriedad	109
Un bardo político y la ley de prensa en Italia	113
El espectro social	123

De la estadística	137
Nietzsche y Brandes	141
Los límites del arte dramático	147
La poesía de la mendicidad	155
Lincoln	173
Shakespeare amenazado	181
Un hispanista británico	187
Ángel Ganivet	195
William Henry Hudson	201
Bibliografía básica de B. Sanín Cano	207
Índice Onomástico	211

UN LIBRO DE AFIRMACIÓN Y PRUEBA

Gonzalo Cataño

Sanín Cano era escritor y periodista. Yo leí artículos de él en *La Nación*. Tiene un libro que se llama *La civilización manual*.

*Jorge Luis Borges*¹

I

En 1925, cuando B. Sanín Cano llegaba a la Argentina en calidad de redactor de la sección de política internacional del diario *La Nación* le manifestó a un amigo: no existe “libro de ensayos que yo haya perpetrado. No soy poeta, no soy novelista, no soy dramaturgo, no soy filósofo, no tengo publicado ningún libro de ensayos; soy un periodista, nada más”². Para llenar este vacío, que sin duda era un descuido en un escritor de 64 años de edad, a poco apareció en Buenos Aires *La civilización manual y otros ensayos*, volumen que reunía veintiún textos del colombiano sobre los más diversos temas que solo parecía unirlos el lomo que fijaba los cuadernillos.

Sanín era un periodista muy conocido por los que seguían de cerca los órganos de habla española de mayor prestigio. Desde la segunda mitad del decenio de 1880 y toda la década de 1890 había publicado páginas y páginas en tabloides y revistas de

¹ Jorge Osorio y Carlos Bueno O., *Borges: memoria de un gesto* (Medellín: Publicaciones Técnicas, 1979), p. 23.

² Roberto F. Giusti, “Baldomero Sanín Cano”, *El Espectador, Suplemento Literario Ilustrado*, Bogotá, agosto 18 de 1927. Reproducido en *Baldomero Sanín Cano, guerrero letrado de América* (Medellín: Ediciones Unaula, 2021), pp. 377-386.

Medellín y Bogotá con trabajos de crítica literaria y de la cultura, labor que extendió todavía más en el amanecer del siglo xx. En 1909 se había ido a Europa y allí redobló su labor de escritor. Su pluma llenó semanarios de Londres, París y Buenos Aires, con réplicas en rotativas de otros países de la América Española. Fue el redactor central de *Hispania*, revista londinense dirigida por su amigo Santiago Pérez Triana que alcanzó a editar cincuenta y cuatro números entre 1912 y 1916. Paralelo a esta ingente labor, en agosto 1914, cuando estalló la Primera Guerra Mundial, empezó a colaborar con *La Nación* de Buenos Aires, el rotativo de mayor lustre de América Latina y uno de los primeros periódicos de habla castellana.

La civilización manual salió al mercado en octubre de 1925 bajo el sello de la editorial Babel, una empresa del joven y ya experimentado editor de 27 años nacido en la Besarabia de habla rusa, Samuel Glusberg. Bajo el mote de Babel, la ciudad del *Génesis* donde se construyó una torre que sacó de quicio a Yahvé, se escondía un mensaje: Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias. El libro era el n.º 31 de la serie de modernos autores latinoamericanos, serie que alcanzaba por aquellos días gran nombradía con la difusión de notoriedades en plena actividad como Leopoldo Lugones, Alberto Gerchunoff, Horacio Quiroga y Alfonsina Storni. Un ensayista como Sanín era allí un “raro”, un forastero en medio de escritores australes consagrados o en camino de serlo³.

La mayoría de los trabajos de *La civilización manual* provenía de *La Nación*, y estaban dedicados a su director, Jorge Mitre, hijo del presidente Bartolomé Mitre, fundador del diario, que había muerto

³ La amistad de Sanín con Glusberg fue de larga duración. Glusberg admiraba al escritor y el escritor reverenciaba al editor y animador cultural. Se conocieron en Buenos Aires en 1925 y se escribieron por cerca de treinta años. En 1951 Glusberg le organizó un homenaje internacional en su revista *Babel* de Santiago de Chile, ciudad en la cual se había radicado. Meses después, y en compañía del diseñador gráfico de origen ucranio, Mauricio Amber (1907-1980), estuvo al frente de la publicación chilena de *Divagaciones filológicas*, la segunda edición corregida y aumentada de *Divagaciones filológicas y apólogos literarios* de 1934.

en 1906^[4]. Sanín tenía especial cariño por el periódico bonaerense, que lo había acogido durante los difíciles años de la Primera Guerra Mundial y los primeros de posguerra. “Mi corazón está lleno de gratitud y afecto [por sus directores]”, apuntó en una entrevista⁵. Sabía que *La Nación* había difundido su nombre por el Cono Sur y demás países de América Latina, junto a luminarias como Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Gabriel Alomar y Enrique Díez-Canedo, a las que a poco se sumarían los nombres de Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Francisco Romero, Eduardo Mallea y el joven Jorge Luis Borges. En el pasado el rotativo había contado con la colaboración de figuras como José Martí, Rubén Darío y Paul Groussac. El periódico tenía, además, corresponsalías en Madrid, París, Berlín y Londres. Ofrecía a sus lectores veintidós páginas con columnistas de valía y abundantes noticias americanas y europeas. Imprimía doscientos mil ejemplares, muchos de los cuales llegaban a otros países de América Latina donde las gacetas locales lo imitaban y resumían sus noticias venidas del Viejo Mundo. Era *el* órgano de la región⁶. Al llegar a la Argentina, Sanín intimó con el colombiano Pedro Sonderéguer, periodista destacado de *La Nación* y una de las plumas más populares del Buenos Aires de los años veinte⁷.

Cuando *La civilización manual* apareció en las librerías, llovieron las recensiones. El español Luis Araquistáin escribió desde la *Voz* de

⁴ Su posterior volumen de ensayos, *Crítica y arte*, estaría dedicado a otra Mitre, a Delfina de Drago (1843-1933), hermana de Jorge.

⁵ Luis Enrique Osorio, “B. Sanín Cano me dijo”, *Vida*, Medellín, n.º 40, noviembre de 1941.

⁶ Ángel Lázaro, “Un gran periódico argentino”, *La Libertad*, Madrid, 24 de mayo de 1924. Entrevista con Sanín Cano, representante de *La Nación* en Madrid.

⁷ Pedro Sonderéguer, nacido en 1884 en Villa Nueva (Bolívar), se radicó en Argentina a principios del siglo xx. Murió en Buenos Aires en 1964 y fue autor de más de una docena de libros, muchos de ellos *best seller*. En visita que hizo al país en 1931 fue calificado por un reportero de “gran escritor colombiano que, desde hace muchos años, es uno de los más conocidos escritores argentinos”. Ver la nota “Pedro Sonderéguer llegó anoche a esta ciudad”, difundida por *El Tiempo*, Bogotá, 12 de febrero de 1931, p. 4.

Madrid que la ironía y el humor eran las notas dominantes de estos ensayos, rasgos que a su juicio anunciaban la madurez de la literatura hispanoamericana. A continuación, se pronunció Pedro Enríquez Ureña en la revista *Valoraciones* de La Plata. Allí lo emparentó con el cubano Enrique J. Varona por su sentido de humanidad y lo acercó a Santallana por su familiaridad con la cultura inglesa, lejos de toda piedad y actitud intelectual sumisas. A ambos los secundó Roberto F. Giusti en multiplicado elogio de su prosa, ironía y capacidad de traducir la anécdota en tema perdurable. A Giusti lo siguió el olvidado Antonio Aita, a quien Sanín dedicaría años más tarde su antología personal *Tipos, obras, ideas*. Aita subrayó la habilidad de Sanín para la síntesis y la sobriedad verbal en un medio donde la retórica había sentado plaza de buen gusto. Y desde el Perú José Carlos Mariátegui se manifestó en las páginas de *Variedades*, la revista ilustrada de mayor circulación de Lima. Sanín –afirmó– representa la mayoría de edad de la prensa latinoamericana. Sus variados textos impugnan la idea de que el periodismo es el derecho a hablar de todo sin estar enterado de nada⁸.

II

La civilización manual fue un texto clave en la carrera intelectual de Sanín. Fue el libro que lo definió, que lo hizo *autor*, que le confirió perfil y entidad; los folios que trazaron su rostro y que le otorgaron presencia, aire y notoriedad por fuera de los estrechos marcos de las letras colombianas. Los lectores más atentos sabían que era un autor de artículos sobresalientes por la fuerza y elegancia de su prosa, pero solo cuando tuvieron acceso a los materiales de *La civilización manual* fueron capaces de ver juntas las calidades y logros de un

⁸ Luis Araquistáin, “Un filósofo de la risa”, *La Voz*, Madrid, 9 de abril de 1926; Pedro Enríquez Ureña, “Un libro de Sanín Cano”, *Valoraciones*, tomo 3, La Plata, marzo de 1927; Roberto F. Giusti, “Baldomero Sanín Cano”, *El Espectador*, Bogotá, agosto 18 de 1927; Antonio Aita, *Expresiones* (Buenos Aires: La Bonaerense, 1933) y José Carlos Mariátegui, “Sanín Cano y la nueva generación”, *Variedades*, n.º 1.023, Lima, 8 de octubre de 1927.

escritor perdido en las salas de redacción. En escasas doscientas páginas encontraron reunidas las cualidades de un idioma, de un estilo, de unas maneras de hacer. En ellas se advertían con claridad los recursos que empleaba para abordar un tema y la habilidad para enunciarlo y retener la atención de los lectores. No era, en estricto sentido, su primer libro. Con anterioridad había publicado el balance de un gobierno, *La administración Reyes* (1909), y *Colombia* (1912), obra de divulgación auspiciada por un editor londinense para difundir los rasgos de un país ignoto de la América del Sur. A estas fatigas había sumado tres cartillas pedagógicas: *An elementary Spanish grammar* (1918), *Spanish reader* (1921) y el *Collins' Spanish-English Dictionary* (1923). Pero todo esto eran trabajos utilitarios dirigidos a cubrir el sustento de un intelectual en el extranjero. Estaban redactados en un castellano de virtuosa claridad y en un inglés estimable, pero carecían del ingenio y del trazo irónico y burlón del Sanín que llenaba periódicos y revistas de Europa y América⁹.

Los materiales de *La civilización manual* no son fáciles de clasificar. El autor los ordenó en dos grupos: "Temas varios", que era una forma de sugerir que allí cabía todo y que no había noción segura que los abrazara, y "De letras y de teatro", un acento francés que indicaba que en sus dominios se hablaba de literatura y de algo más imposible de catalogar. Uno de sus ensayos, "De la estadística", la ciencia auxiliar del estadista, difícilmente encontraba en tal ordenamiento un lugar adecuado. Pero estaba allí y allí se quedó¹⁰. En el prólogo manifestó estas dudas, hasta tocar el título mismo. Lo

⁹ La copia de *La administración Reyes*, que conserva la biblioteca de la Academia de Historia, llevaba una dedicatoria de Sanín a un amigo, en la que subrayaba el carácter utilitario del libro. La inscripción, de enero de 1950, decía: "Me honra en verdad, y acendra mi amistad con el dueño de este libro, el que él se lo haya procurado para su biblioteca como obra de consulta".

¹⁰ Cuando Sanín lo volvió a publicar en su antología personal, *Tipos, obras, ideas*, de 1949, lo incluyó en un apartado similar: "Literatura". No parecía creer que la estadística fuera una aritmética puntual y precisa de los rasgos de una región o de los semblantes de un país. Podía ser tan maleable e indecisa como una buena intuición, y además se podía leer e interpretar de múltiples maneras.

llamó *La civilización manual* siguiendo el mote del ensayo de mayor querencia, pero estaba listo a manifestarles a los lectores que era arbitrario y que se podía cambiar por cualquier otro más afín a sus ensueños, ya que en rigor la colección carecía de insignia. Y estaba en lo cierto. El libro hablaba de muchas cosas que no se agotaban en el lema de la portada. Además, el volumen se podía leer sin seguir el índice. Se lo podía abordar por el final, la mitad, el principio o, aún más, por una mezcla de uno y de otro, esto es, de cualquier manera. El orden no alteraba su cometido. Cada ensayo portaba su completud. Era claro, sin embargo, que los trenzaba una forma de acercarse a las cosas, acompañada de una probidad única y privativa de tratarlas. En esto residía su armonía. Por experiencia sabía que no siempre es la uniformidad de la materia lo que da unidad a las obras de un escritor, a los cuadros de un pintor, a las esculturas de un artista o a las creaciones de un compositor. A menudo la unidad residía en el temperamento del autor, en su manera de pensar y de expresarse. Años después, aludiendo a las aventuras de *La civilización manual*, recordó que varios lectores le habían manifestado que, sin proponérselo, habían encontrado unidad en uno de sus libros que exploraban materias tan diversas “como la inteligencia de la mano y la vida de un poeta vagabundo”¹¹.

Pero si la obra atrajo a los intelectuales, no ganó de momento el ardor del lector corriente, aquel que buscan los editores para salvar los costos de impresión. El volumen no alcanzó grandes ventas, pero tampoco se apolilló en las bodegas de la editorial. Con el paso de los años los ejemplares fueron saliendo lentamente. Glusberg le escribió a Mariátegui en 1928: “El libro de Sanín no halló más de doscientos compradores en la Argentina”. Y agregó: “Es que aquí se publican cincuenta libros por mes, de allí que se vendan tan poquitos”¹². Glusberg sabía que las colecciones de ensayos se

¹¹ B. Sanín Cano, *Tipos, obras, ideas* (Bogotá: Peuser, 1949), p. 9.

¹² Carta de Samuel Glusberg a José Carlos Mariátegui, Buenos Aires, 28 de febrero de 1928, en *Mariátegui total* (Lima: Editora Amauta, 1994), vol. 1, p. 1.879.

tomaban su tiempo y que la paciencia era el mejor recurso ante la desesperación. De todas formas, el libro fue desapareciendo hasta hacerse una rareza. Ya por el decenio de 1940 se había agotado y era “casi desconocido en el continente”¹³. Hoy en día, cien años después, es fortuna obtener un ejemplar de 1925, y cuando un entusiasta logra hacerse a una copia después de muchos desvelos, conoce la felicidad. Se deleita con el hallazgo; lo mira, lo acaricia, le da vueltas, lo abre y lo cierra. Plácidamente observa la carátula enmarcada en unas rayas azules con el dibujo de la torre de Babel en el centro. Examina la costura del lomo, palpa el grueso de sus agobiadas páginas que el tiempo ha ido convirtiendo en cartón, y se regodea con los fascinantes errores del cajista en las cornisas, en el índice y en la carátula misma. ¡Por segundos piensa que está participando del ajeteo editorial del Buenos Aires de 1925!

III

Como lo apuntó Mariátegui en 1927, Sanín era un periodista enterado. No difundía noticias, las escrutaba y las interpretaba. Hablaba de eventos sociales y de sucesos políticos y literarios en el formato del ensayo, el género que va más allá del artículo de ocasión y que por su extensión moderada y pausada da lugar al análisis sin escamotear la crítica y agotar el tema objeto de estudio. En medio de esta labor, Sanín se servía de una cultura general que no parecía tener fronteras. Era un hombre enterado. Con Pascal, creía que era “más bello saber algo de todo que saber todo de una cosa”¹⁴. A su juicio, un periodista debía conocer las

¹³ B. Sanín Cano, *De mi vida y otras vidas* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2019), pp. 16-17.

¹⁴ Pascal, *Pensamientos* 195 (ed. Lafuma). Jacob Burckhardt sufrió también esta antinomia. Era consciente de que en la ciencia solo se puede llegar a ser maestro en un campo particular del conocimiento, razón por la cual era necesario limitarse a él para dominarlo. Pero lo agobiaba la idea de abandonar la visión de conjunto. “Es bueno –escribió– ser un *diletante* en muchos otros sectores y en tantos como se pueda”. En caso de no hacerlo, “uno sería un ignorante en todo lo que se salga de la especialidad y, en suma,

contribuciones de la filosofía, la psicología y la sociología. Si el corresponsal debía informar de todo, debía percatarse de todo. No le deberían ser ajenos los logros de la historia, la antropología y la geografía o los alcances de las ciencias físicas y de la vida, sin descuidar las matemáticas y sus vecinas, el álgebra y la geometría. A ellas debía sumar una cercanía con el vasto campo de las artes y de la literatura, ramos que le educaban el oído y el gusto y le nutrían el idioma. Le gustaba decir que pecaba de alejandrino, de la viva agitación interior por conocer el choque de varias civilizaciones, típico del periodo helénico “que se distinguió por el interés sobre todas las cosas: las matemáticas, la historia natural, los mitos, etc.”¹⁵.

Como lo muestran varios trabajos del presente libro, estaba al tanto de las investigaciones entomológicas difundidas por el francés Henri Fabre, el belga Maurice Maeterlinck y el inglés Tickner Edwardes, y se desenvolvía sin dificultad por la obra del fisiólogo René Quinton, sobre el cual escribió un informado obituario cuando *La civilización manual* estaba en prensa¹⁶. No le temía al autodidactismo mezclado con diletantismo. Como lo señala en “Bajo el signo de Marte”, al aficionado y al desdeñado autodidacta se le deben no pocos de los derroteros científicos del pasado y numerosos inventos en el campo de las “gentiles disciplinas”, aquellas que hacen más amable el diario vivir. Era

un espíritu tosco, limitado y rígido”. Por sus estudios de historia de la cultura sabía que a más de un aficionado se le debían contribuciones significativas en los campos de la ciencia, el arte y la literatura. Para estas citas de Burckhardt, nos hemos servido de las dos versiones castellanas de sus conferencias sobre el estudio de la historia: *Reflexiones sobre la historia del mundo* (Buenos Aires: “El Ateneo”, 1944), p. 33, y *Reflexiones sobre la historia universal* (México: Fondo de Cultura Económica, 1943). La primera proviene del francés y la segunda del alemán.

¹⁵ Prólogo de Sanín Cano a *Ritos* de Guillermo Valencia (Londres: Establecimiento Tipográfico de Werheimer, 1914), p. xv, y “B. Sanín Cano”, entrevista con Edgardo Salazar Santacoloma, *Sábado*, Bogotá, 7 de agosto de 1943, p. 14.

¹⁶ “La vida múltiple de M. René Quinton”, *El Espectador, Suplemento Literario*, Bogotá, septiembre 17 de 1925.

consciente, además, de que sin autodidactismo no hay mejora. Sin él no hay superación personal en medios intelectualmente estrechos vapuleados por la Iglesia, como el colombiano y el latinoamericano de fines del siglo XIX y comienzos del XX, donde las universidades y las bibliotecas eran muy limitadas y la mayoría de las publicaciones periódicas eran expurgadas por mentes obtusas encargadas de regular el conocimiento.

Sanín no aspiraba a ser profesional en ninguna de las materias que aparecen en sus escritos. Las cultivaba en favor del oficio de periodista. Ellas le proporcionaban ideas, puntos de vista y metáforas destinadas a aligerar el estilo y a captar la atención de aquellos que lo leían. Solo se consideraba experto en asuntos literarios, pero jamás ostentaba esa distinción para deslumbrar a los lectores o sugerir autoridad ante los autores reseñados¹⁷. Evidencias de esta avidez intelectual aparecen en su carta de agradecimiento a José Ingenieros por el envío de su libro sobre Boutroux:

Le doy las gracias más expresivas por el ejemplar de su *Emilio Boutroux* que ha tenido la gentileza de dedicarme. Con la misma insaciable y apasionada curiosidad con que leo sus escritos filosóficos y sociales, me apoderé de este libro, que tenía además el atractivo de referirse a un filósofo cuyas obras me eran poco conocidas¹⁸.

Y cuando se fue por unos días a la finca de su esposa Josefina Piedrahita y de sus cuñados en el municipio de Gachetá en 1927, en jornada de tres días a caballo, llevaba en el equipaje los dos robustos tomos del *Shakespeare* de Brandes junto a las obras completas del autor de *Hamlet*. Al respecto le escribió a Glusberg:

¹⁷ Ver B. Sanín Cano, *El humanismo y el progreso del hombre* (Buenos Aires: Losada, 1955), pp. 150-151.

¹⁸ Carta a José Ingenieros, Madrid, agosto 24 de 1923, reproducida en R. Rubiano Muñoz y V. I. N. González Peláez, *Baldomero Sanín Cano: un intelectual transeínte y un liberal de izquierda* (Bogotá. Universidad del Rosario, 2019), p. 227.

Mi querido amigo: La muerte de Brandes me sorprendió en el campo a tres días de Bogotá, en momentos en que releía su *Shakespeare* con gran deleite, en la bella edición danesa ilustrada que usted conoce. Volví a leer al hombre de Strafford on Avon, íntegramente con esa guía, y le aseguro a usted que un mundo entero ha aparecido ante mis ojos¹⁹.

Este deseo de saberlo todo estaba asociado, igualmente, con el apetito de conocer las literaturas de otros países junto a las letras del terruño. En su juventud había escrito: “A ser cosmopolita pienso que nadie me gana”²⁰. Al dominio de varias lenguas, unió un estudio de las literaturas inglesas, francesas, alemanas, italianas y españolas, sin descuidar la rusa y la finesa. El inglés le abrió un mundo insospechado y el francés, el italiano y el alemán, con la ayuda del danés, le domesticaron teorías, obras y tradiciones de pensamiento jamás trasladadas al castellano en sus días. Leía y no parecía tener descanso. Asimilaba giros y tonalidades de otros idiomas para enriquecer su prosa. Su frase era, en general, corta, y cuando la alargaba para detenerse en las modulaciones de una idea, la separaba con abundantes y estudiadas comas. Se cuidaba de caer en pesados germanismos que tendían a ocultar el verbo que apremiaba la oración. En medio de estos dones venidos de afuera, se hizo a una prosa sorprendente que parecía dominar el diccionario de la lengua castellana. Era muy dado a innovar y a estrujar la frase con el prefijo *in* para negar una acción o sugerir falta de destreza en un quehacer, como “inmeditar”, “infirmar”, “inmetódico”, “insofisticado” o “intransparente”, y muy inclinado a emplear vocablos ignotos y lejanos como “emaciado”, “baturros” y “legiferante”, que obligan al lector a servirse del diccionario. Pero nada de esto perturbaba la oración que conservaba la lozanía en medio de su multiplicada erudición. Conocía el idioma del

¹⁹ Carta a Samuel Glusberg, Bogotá, julio 2 de 1927, reproducida en *Babel*, n.º 25, Buenos Aires, 1927.

²⁰ *El Telegrama del Domingo*, n.º 11, Bogotá, 8 de octubre de 1887, p. 84.

Siglo de Oro y lo usaba, pero no abusaba de su empleo ni de sus cansinas construcciones, como su amigo Antonio José Restrepo, escritor fecundo de frase copiosa y atropellada que agotaba a los lectores con reiteradas asechanzas quevedianas.

Este regodeo universal era, para Sanín, un requisito de la crítica literaria. Tenía claro que nada se podía entender de la literatura colombiana en particular y de la latinoamericana en general, si no se tenía un conocimiento preciso del desenvolvimiento de las letras occidentales. A su juicio, la literatura latinoamericana no era más que la asimilación creativa de una lengua y de unas técnicas poéticas y narrativas venidas de Europa. Esto les permitió a sus escritores de mayor talento ofrecer contribuciones desprendidas de una observación cuidadosa de su ambiente y de sus vivencias. Lo mismo sucedió con las tradiciones de pensamiento en el campo de las ciencias humanas. Mariátegui no inventó el marxismo. Lo asimiló para dar cuenta de los problemas de su país y una vez que elaboró su universo lo devolvió a Europa con tonalidades propias. Fue exactamente lo que aconteció con el modernismo. Después de un aprovechamiento de lo mejor del verso y la prosa europea, de la francesa sobre todo, América le mostró a los españoles cómo se podía superar una poesía anegada en los excesos románticos y una prosa agobiada por un realismo afincado en lo exótico, que en Colombia tomó la coloración del costumbrismo.

La avidez por las contribuciones venidas de afuera son fehacientes en el presente libro. Por sus páginas transitan con naturalidad "forasteros" como Nietzsche, Lassalle, Brandes, Fitzmaurice-Kelly, George Saintsbury, Shakespeare, Leopardi, Carducci, Heine, Ibsen, el enigmático Peter Altenberg y los preteridos William H. Davies y Eugène Brioux. Y junto a ellos rondan los "autóctonos": Bolívar, Silva, Darío, Alberto Ghirardo y los españoles Cervantes, Ganivet, Larra, Valera y Núñez de Arce. Es un mundo poblado por nativos que dialogan con extranjeros, con pensadores que en algún momento les prestaron sus armaduras para enseguida sorprenderlos en buena lid con productos de calidad atendible.

IV

Pero no solo hay personajes en *La civilización manual*. También hay situaciones y examen de problemas generales que conservan su frescura, no obstante, el año de su publicación. Y aquí se manifiesta de nuevo la universalidad del saber saniniano. El trabajo que da lugar al título del libro ofrece una fascinante especulación sobre el papel de la mano en la afirmación de la condición humana, que recuerda el animado ensayo de aliento darwinista de Friedrich Engels, *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Sanín no lo cita, pero ambos decían cosas parecidas. Para Engels, cuando el antropoide adquiere la postura erguida y logra caminar derecho libera las manos para emprender múltiples tareas que se pueden resumir en una sola palabra: el *trabajo*. Con ellas crea herramientas y con ellas alcanza un mayor poder sobre la naturaleza y sobre la mente. Libre las manos el simio adquiere humanidad y su cerebro se transforma hasta alejarlo de la vida salvaje. Ya no sobrevive de lo que encuentra en su entorno, ahora es capaz de cultivar y servirse de la naturaleza a voluntad²¹. Sanín sigue esta senda, aunque no tan apegada a Darwin. Su hipótesis era: “La civilización empezó el día en que uno de los antropoides adquirió la capacidad de sostenerse siempre en las extremidades inferiores, [liberando] de esa manera y de un modo completo la mano espiritual y fecunda”. Ahora la mano le sirve para defen-

²¹ Engels escribió el ensayo en 1876 y solo se publicó después de su muerte en la revista de los socialdemócratas alemanes, *Neue Zeit* (El Nuevo Tiempo) en 1896. Un siglo más tarde, en 1995, la *Monthly Review* de Nueva York publicó un trabajo del destacado paleontólogo Stephen J. Gould, muy familiarizado con las humanidades y las ciencias sociales, que reforzaba el punto de partida de Engels: caminar con las extremidades junto al desarrollo de las destrezas manuales y el crecimiento del cerebro fueron transformaciones clave en la dilatada evolución del mono en hombre. En este proceso de miles de años, la *postura* hizo al hombre. Ver S. J. Gould, “Posture maketh the man”, *Monthly Review*, vol. 47, n.º 6, noviembre de 1995 (trad. castellana en la revista *Razón y Revolución* n.º 2 de Buenos Aires, 1996). El ensayo de Engels es recordado, igualmente, por su arrojada definición de la religión: el “reflejo fantástico de las cosas humanas en el cerebro del hombre”.

derse y cultivar la tierra. Llega a reemplazar incluso los sentidos cuando estos fallan o faltan desde el nacimiento. El ciego ve, lee y se orienta con las manos y el sordo es capaz de hablar con ellas. La muñeca es flexible y elástica y su capacidad de sugerencia es ilimitada. No le son extrañas la agresión y la ternura, y cuando están en reposo simbolizan la paz. Los códigos antiguos las cercenaban para inutilizar al enemigo o castigar al manilargo. “Si la especie humana –dice Sanín– perdiera las manos y no lograra en el curso de pocas generaciones reemplazarlas con los pies o con algún otro órgano, regresaría rápidamente a la barbarie”.

Pero no hay que dejarse llevar por el entusiasmo. La mano también anuncia conflagración y refriegas, aniquilación y desastres. Y esto fue lo que registró Sanín al final de su ensayo cuando aludió a las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, confrontación que en cuatro años, tres meses y catorce días se llevó por delante a diez y siete millones de almas entre soldados y población civil, sin contar los veinte millones de soldados heridos, que a continuación fueron carga para familias enteras de los países en contienda. Se combate con la mano y se aniquila con la mano. Para Sanín, la Gran Guerra quiso acabar con los logros alcanzados por el hombre a lo largo de varios siglos de civilización. Esto lo unió con las preocupaciones de Engels, quien observó que la mano, portento de desarrollo, era también fuente de calamidad y ruina. En pos del confort y la riqueza, la mano ultraja la naturaleza una vez que siente que la ha dominado. Los hombres del pasado, los de Mesopotamia, Grecia y Asia Menor que talaban los bosques para ampliar las tierras de labor, no se daban cuenta de que con ello agotaban las fuentes de agua y convertían, en dos generaciones, a zonas enteras en desiertos. El Nuevo Mundo no escapó a este infortunio.

Cuando en Cuba –escribió el amigo de Marx– los plantadores españoles quemaban los bosques en las laderas de las montañas para obtener con la ceniza un abono que solo les alcanzaba para fertilizar